

exaltadas, se decidió aplazar la cuestión. Esta no fué olvidada sin embargo, y tres días despues de un espléndido banquete que dió Cromwell al Parlamento en Whitehall el 23 de febrero, el alderman Cristóbal Pack pidió permiso para poder leer una exposición con el título de «humilde exposición y advertencia.» Era un proyecto de Constitución en el cual se restablecía la monarquía con las dos Cámaras, y se daba al Protector el título de rey y el derecho de elegir su sucesor. Los partidarios de la idea republicana y los campeones de los intereses militares se opusieron á la lectura, pero quedaron en minoría respecto de los juristas como Whitelocke y Glynne, el antiguo presidente Lenthall y los representantes de la City y de la burguesía. Se determinó, pues, celebrar un día de fiesta en la sala de sesiones para consultar al Señor respecto de dicho asunto y entrar en seguida en su discusión.

Los oficiales en su mayoría estaban indignados, y en número de ciento, llevando á su cabeza á Lambert, Fleetwood, Desborough y Whalley fueron á visitar á Cromwell para suplicarle que «evitara aquella vergüenza al pueblo de Dios» que á él mismo le pondría en peligro. Cromwell les contestó que oía hablar por primera vez de aquel plan, y que no apreciaba en mas el título de rey que la pluma de su sombrero; pero les echó en cara que muchos de ellos le habían ofrecido aquel título; les hizo ver que la nación estaba agobiada por el gobierno militar y que el caso de Nayler había demostrado cuán necesario era encontrar un contrapeso á la Cámara. De su contestación podía desprenderse que veía con gusto un cambio en la Constitución, aunque se reservaba decir la última palabra respecto de la cuestión del restablecimiento de la monarquía.

En los debates que se iniciaron despues, varios de los oficiales, entre ellos tres mayores generales, se pasaron al otro campo. La discusión avanzó con gran rapidez, y el 31 de marzo de 1657 se entregó al Protector, escrito en pergamino, el documento que llevaba el título de «súplica y consejo.» Cromwell pidió que le dieran tiempo para reflexionar, «para pedir consejo á Dios y á su corazón;» y pocos días despues contestó á una comisión de la Cámara, que cuando se había visto obligado á escoger entre aceptar ó desechar la totalidad de lo que se le proponía, su conciencia no le había permitido aceptar la nueva Constitución con el título de rey. Esta fué una indicación de lo que pensaba, pues el brillo de la corona no le deslumbraba y conocía que la aceptación del título de rey le haría desmerecer y humillaría profundamente á sus compañeros de armas; mas tampoco quería por culpa del nombre perder las ventajas que le proporcionaría el cambio proyectado. La mayoría no comprendió bastante bien su contestación; así fué que decidió mantener en un todo su proposición y entabló conferencias con el Protector, que duraron seis semanas, esforzándose en combatir las razones que daba en contra. En esta ocasión Cromwell habló mucho y de un modo ingenioso de sí mismo y de su pasado: «Estoy pronto á servirlos, dijo una vez, pero no como rey, sino como constable; muchas veces he pensado que yo desempeñaba mi cargo como un constable que mantiene la tranquilidad en su parroquia.»

El día 30 de abril estaba lista la nueva Constitución modificada, pero conservando aun el título de rey, y Cromwell dejó pasar una semana antes de dar su contestación. Durante muchos días estuvo discutiendo con sus confidentes y varios miembros del Parlamento de asuntos indiferentes sin perder de vista el punto principal. La mayoría de la nación parecía no decidirse ni en uno ni en otro sentido; pero en cambio Cromwell no podía desconocer el modo de pensar de sus mas ilustres jefes del ejército que contaban con los

soldados bajo sus órdenes. La ambición de Lambert se hallaba humillada, Fleetwood y Desborough no hacían ningun misterio de su indignación, y los oficiales enviaron una exposición al Parlamento en la que protestaban contra la tentativa de «renovar la antigua esclavitud.» El día 8 de mayo declaró Cromwell resueltamente que no podía aceptar la nueva Constitución con el título de rey, y en su vista la Asamblea decidió suprimir aquel título y redactar la Constitución con esta supresión, apresurándose tanto mas á terminar aquel trabajo cuanto mas la afectó el descubrimiento de una nueva conjuración de los partidarios de la quinta monarquía.

La nueva Constitución, tal como quedó ultimada, modificaba notablemente la del protectorado. El protectorado no fué declarado hereditario, pero se autorizó al Protector para nombrar su sucesor. A la Cámara de los representantes del pueblo agregóse otra cuyos individuos debía indicar el Protector; pero, excepto la primera vez, los representantes del pueblo debían tener el derecho de aprobar los nombramientos para la otra Cámara y la provisión de los altos empleos del Estado y decidir por sí solos sobre la admisión de sus miembros. No podía nombrarse ni declarar cesantes á individuos del Consejo de Estado sin la aprobación de ambas Cámaras, ni hacerse leyes, ni modificarlas ni imponer contribución ó subsidio alguno. Por otra parte votóse, una vez por todas, una cantidad fija de 1.300,000 libras destinada al sosten del ejército y á los gastos del gobierno. No se hizo constar que los actos del Parlamento tenían fuerza de ley sin la aprobación del Protector; se reconoció la Iglesia oficial tal como la había arreglado Cromwell, y limitóse la tolerancia de un modo análogo á la Constitución del protectorado. Si se habían dado mayores facultades al Protector y se había instituido un contrapeso á la Cámara de los representantes del pueblo, debía procurarse por otra parte hacer imposibles los ataques arbitrarios á los antiguos privilegios del Parlamento, como había sucedido repetidas veces, y así se trató de protegerlos.

Los miembros civiles de la Cámara estaban muy satisfechos de aquella solución, que tambien fué del agrado de la mayoría de los oficiales. Lambert que no pudo resignarse á aquel aumento del poder de Cromwell y no quiso prestar el juramento de fidelidad, vióse privado de todos sus empleos y obligado á retirarse de la vida pública, aunque se le concedió una importante pensión.

Entre el pueblo circuló y fué leído con avidez un folleto con el título: «Matar no es cometer ningun asesinato,» en el cual se hacían grandes amenazas al nuevo «tirano,» pero los puñales de aquellos á quienes se dirigía el autor permanecieron en la vaina. El Parlamento despues que hubo terminado su trabajo principal, ocupóse en aprobar gran número de leyes y ordenanzas, terminó algunas nuevas y tomó disposiciones para hacer frente á los gastos de la guerra, decidiendo por último suspender las sesiones durante siete meses.

El 26 de junio se celebró la solemne instalación del Protector en su cargo recientemente modificado, hallándose reunidos en la sala de Westminster los miembros de la Cámara, los altos jueces, el Lord corregidor y los aldermen y otros dignatarios, y poniéndose para Cromwell la silla de la coronación de los reyes escoceses que había sido sacada en aquella ocasión de la abadía de Westminster. En una mesa situada delante de él había una espada, la Biblia, el cetro y el manto de púrpura, objetos que le fueron entregados, tomándole el juramento prescrito el presidente del Parlamento, quien le felicitó en un bien sentido discurso. Despues que se hubo rezado, prorumpió toda la Asamblea en gritos de alegría, sonaron las trompetas y un heraldo proclamó á Cromwell

Lord Protector de Inglaterra, Escocia é Irlanda, resonando la espaciosa sala con el grito de «Dios proteja al Lord Protector.»

CAPITULO III

FIN DE OLIVERIO CROMWELL

De nuevo parecía que la revolución retrocedía al antiguo orden de cosas. La Constitución del protectorado tal como había sido modificada, dejaba menos espacio á las ideas republicanas que la primitiva y á Cromwell no le faltaba para ser rey mas que el título y el derecho de hacer su dignidad hereditaria. Pero le estaba permitido nombrar su sucesor y había conseguido agregar otra Asamblea á una Cámara que se había considerado anteriormente como único órgano de la soberanía del pueblo; y si ya anteriormente el régimen interior de su casa tenía un carácter de corte, despues trató con mas insistencia de imitar los antiguos ceremoniales, hizo figurar á su familia y la hizo entrar en relaciones con familias aristocráticas. Traspasó á su hijo mayor Ricardo el cargo de canciller de la Universidad de Oxford que él había desempeñado muchos años, le dió ingreso en el Consejo de Estado y le hizo formar parte de todas las comisiones de aquel cuerpo. Su segundo hijo, Enrique, fué nombrado lord diputado de Irlanda, y dos de las hijas del Protector se casaron antes de trascurrir el año con descendientes de casas muy importantes. La mas jóven, la bella y alegre lady Frances, se casó con el hijo único de lord Rich, sobrino del rico y conocido conde de Warwick, uno de los mas importantes presbiterianos; y su hija mayor, la discreta y orgullosa lady María, dió su mano al vizconde Falconbridge, cuya familia había ocupado hasta entonces un lugar importante en el partido de los caballeros. El que dos razas aristocráticas tuviesen á honra formar lazos de parentesco con el Protector, demuestra perfectamente que en aquellos círculos se tenía por muy segura su posición.

Tambien creía poder contar con que gran número de nobles aceptarían sus proposiciones para entrar en la nueva Cámara alta, proposiciones que mandó á fines de año escritas en estilo real. Sus invitaciones se dirigieron á sesenta y tres personas, gente de todas clases en que se hallaban mezclados miembros de la antigua nobleza con celebridades civiles y militares de la revolución. Hombres como los condes de Warwick y de Manchester, lord Wharton, el vizconde Say y Sele, que contaban una larga serie de antepasados, debían tomar asiento en la Cámara con un coronel Hewson, del que se decía que había sido zapatero, con un coronel Pride, del que se decía haber sido carretero, y con un mayor general Berry, que había sido escribiente. Tambien debían formar parte de la Cámara los parientes del Protector, sus hijos, tres de sus yernos, su cuñado Desborough, su primo Whalley, los principales jefes del ejército, los altos jueces y los miembros del Consejo de Estado, y así como había nombrado al conde de Manchester, su antiguo adversario, tambien quiso reconciliarse con uno de sus enemigos del campo republicano, añadiendo á la lista el nombre de sir Arturo Haselrig.

Una gran ventaja tenía el Protector y era que podía presentarse delante de las dos Cámaras de su Parlamento apoyado en los triunfos obtenidos con su política exterior, pues mientras estaba en las negociaciones sobre aceptar ó no la dignidad real, llegó la noticia de una brillante victoria de Roberto Blake. El audaz héroe marítimo se había presentado delante de la isla de Tenerife, cruzando el día 20 de abril la bahía fortificada de Santa Cruz, donde sabía que se habían refugiado unos galeones cargados de plata procedentes de México, y con un furioso cañoneo bombardeó

los fuertes de la plaza, y aunque no pudo apoderarse de los buques enemigos, los echó á pique ó los incendió. Este hecho de armas llenó de admiración á todo el mundo y el vencedor recibió de Cromwell una joya y una carta en que le daba las gracias. Blake siguió otra vez la costa del Norte de Africa, dejó parte de su escuadra delante de Cádiz y con el resto, siguiendo las órdenes recibidas, regresó á su patria á la cual, sin embargo, no vió con vida pues cuando aparecían en el horizonte las costas de Cornwall y el bosque de mástiles de Plymouth, murió rendido por sus enfermedades y sus heridas, el día 7 de agosto. Su muerte fué considerada como una desgracia nacional; su cuerpo fué expuesto en Greenwich y despues conducido por el Támesis á la abadía de Westminster. Pero las consecuencias de sus triunfos le sobrevivieron, pues la marina española no se rehizo nunca de las pérdidas que le había hecho sufrir y podía pensarse ya en trasladar á tierra firme la guerra que hasta entonces se había hecho por mar.

Precisamente esto es lo que hacia tiempo que esperaba Mazarino, el cual no podía aprobar abiertamente la política exterior de Cromwell, mientras esta amenazó revestir un acentuado carácter protestante, pues que debía guardar consideraciones á los sentimientos del clero francés y á la situación de Francia entre las potencias católicas. En cambio, bajo el punto de vista político, debía desear ardientemente que Inglaterra combatiera con energía á la monarquía española, pues que así los españoles se verían imposibilitados de hacer la oposición á los ataques directos ó encubiertos contra la casa de los Hapsburgo. Mazarino, pues, hacia mucho tiempo que trataba de convertir el tratado de paz y de comercio entre Francia é Inglaterra en una alianza formal. Sin embargo, las negociaciones iban muy lentamente, porque ninguno de los dos hombres de Estado tenía confianza en el otro y solo el 23 de marzo de 1657 llegó á pactarse la alianza. Cromwell se comprometió á enviar un cuerpo auxiliar de 6,000 hombres á las tropas francesas que debían entrar en los Países Bajos españoles, mientras que una escuadra inglesa cruzaría delante de las costas. Los gastos ocasionados por las tropas debían pagarlos las dos potencias, y juntas debían conquistar las plazas de Gravelinas, Mardyke y Dunkerque, quedando esta última en poder de los ingleses.

Era esta una gran concesión que hacia el cardenal al dominador inglés, pero en cambio Cromwell aceptaba una gran responsabilidad, no retrocediendo ante conceder su apoyo al poder francés en tierra firme. Verdad es que esperaba aumentar así la importancia de Inglaterra y creía que cuando llegase el caso podría oponerse á la afición conquistadora de la política francesa. En cumplimiento del tratado desembarcaron en Boulogne 6,000 ingleses de tropas escogidas que habían hecho sus pruebas en varias batallas bajo el mando del general Reynold, y se agregaron á las fuerzas del general Turenne en Flandes. Pero en vez de emplearse en la conquista de las tres plazas fuertes, fueron dirigidos al interior del país donde se quejaron de la mala cualidad de los víveres y la poca comodidad de su acuartelamiento, debiendo recordar Cromwell á Mazarino las condiciones estipuladas. En el mes de setiembre empezó el sitio de Mardyke, al que ayudó la escuadra inglesa, y el 3 de octubre se apoderaron del fuerte que quedó interinamente en poder de los ingleses. Turenne se dirigió entonces contra Gravelinas; pero no obtuvo resultado alguno, por estar inundados los terrenos, y entonces Cromwell ofreció dos mil hombres mas, con la condición de que el sitio de Dunkerque se hiciera con actividad y constancia. En el entre tanto podía estar satisfecho de haber asentado el pié en el continente, y además Mardyke era una plaza importante que no pudo arre-

Sobre un punto podía estar completamente tranquilo el Protector: España no estaba en situación de poder prestar ayuda á sus enemigos, pues, por el contrario, con el apoyo de las fuerzas auxiliares inglesas se le habían ocasionado grandes derrotas. El 28 de marzo se renovó el tratado de alianza entre Inglaterra y Francia. Cromwell mandó al otro lado del canal dos regimientos de refuerzo, pero con la condición de que esta vez no se retardaría el sitio de Dunkerque. Turena convino en ello, y Luis XIV y Mazarino, para observar de mas cerca el espectáculo, se trasladaron á Calais, donde pasó á saludarles lord Falconbridge. Un ejército español de auxilio, entre cuyas tropas se hallaban el duque de York y Gloucester, quiso socorrer á los sitiados, é inútilmente advirtió Condé al general español que no aceptara una batalla con Turena en las movedizas arenas de las Dunas, pues el día 4 de junio se dió la batalla sin que Turena se hubiese visto obligado ni por un momento á suspender el sitio de Dunkerque. El triunfo que alcanzó el general francés lo debió en gran parte á las



Medalla conmemorativa del entierro de Oliverio Cromwell

tropas inglesas auxiliares que aquel día lucharon contra el hijo de la familia destronada. Dunkerque resistió aun diez días; pero por fin tuvo que abrir sus puertas, y el mismo Luis XIV entregó las llaves á Lockart, enviado de Cromwell, que también había conducido las tropas inglesas á la victoria. Inglaterra consiguió con esto la gran ventaja de tener un punto de apoyo en una importante plaza del continente, cuyas fortificaciones mejoró levantando al mismo tiempo una iglesia protestante.

Una ciudad despues de otra cayeron en manos de Turena; la monarquía española se encontró impotente contra las fuerzas reunidas de sus dos adversarios, y el nuevo emperador Leopoldo I, ocupado en los asuntos del Norte y del Este, no estaba en el caso de prestarle auxilio. Pero los triunfos de su política exterior, aunque muy importantes, no satisfacían á Cromwell completamente, pues cuanto mas aumentaba el poder de Francia, mas difícil era sostenerse á su altura. Era pues de temer que Mazarino hiciera las paces con España prescindiendo de Cromwell, no pudiendo él oponerse á tal procedimiento.

Además los asuntos del Norte y del Este le traían asimismo con cuidado. Carlos X, aliado de Cromwell y de Mazarino, había en verdad invadido la Dinamarca en una audaz campaña de invierno que le había permitido atravesar el mar por encima del hielo, y había obligado á aquella potencia á concluir la paz de Roeskilde. Pero el rey de Dinamarca consideró aquella paz como un armisticio, y le aprovechó para aliarse con los Países Bajos, Brandeburgo, Polonia y el emperador. Quedaba pues destruida la idea de Cromwell de unir todas las potencias protestantes, y por el contrario dos de ellas, la sueca y la dinamarquesa, se preparaban á destruirse mutuamente.

Mucho mas importante aun que la política exterior era para Cromwell el curso de los sucesos en el interior de la nacion. Despues de los últimos acontecimientos parecia que el protectorado debía descansar en sólidos fundamentos, y sin embargo debía temerse á cada momento una nueva conmoción. Los partidos enemigos habían sido dominados, pero no inutilizados, y el gobierno debía estar preparado á

un nuevo ataque de la izquierda ó de la derecha. El estado de la Hacienda era muy precario á pesar de los importantes subsidios votados por el último Parlamento. Era preciso aumentar los ingresos para obtener las sumas necesarias ó bien acudir á los ricos comerciantes de la City, de los cuales poco podía esperarse. Thurloe y otros confidentes de Cromwell le instaban para que convocara otro Parlamento en la esperanza de que las elecciones darian buen resultado; el Protector examinó la cuestion, pero no se decidió á tomar un partido.

En medio de estos cuidados de gobierno, tuvo Cromwell un disgusto por sucesos ocurridos en su familia. Su segundo hijo Enrique cumplía todas sus esperanzas, pero el hijo mayor, Ricardo, prometía poco para el porvenir. Su cuñado Desborough y su yerno Fleetwood estaban al lado de los sectarios anabaptistas y no hacían ningun misterio de su modo de pensar. Su hija menor lady Frances perdió á su esposo, sobrino del conde de Warwick, despues de tres meses de matrimonio, y el mismo Warwick, cuyos consejos habían sido de gran utilidad para Cromwell en distintas ocasiones, falleció al poco tiempo. Pero el golpe mas sensible lo sufrió Cromwell el verano de 1658 al enfermar su hija favorita Isabel, lady Claypole, cuya energía y buen humor le habían sido de gran utilidad en momentos graves. Cromwell, testigo de sus sufrimientos, la hizo trasladar al castillo de Hampton Court, esperando que el aire del campo le sería favorable; pero su enfermedad empeoró de día en día, y Cromwell pasaba horas y horas á su lado descuidando los negocios del gobierno. El día 6 de agosto se cerraron sus ojos para siempre.

El Protector se había mantenido firme hasta entonces, y aun despues de la muerte de su hija trató de distraer su dolor entregándose al trabajo ordinario, pero sus fuerzas estaban agotadas. Hacia largo tiempo que se hallaba enfermo y los embajadores á quienes daba audiencia habían notado desde mucho antes que tenía mal aspecto y que sus manos temblaban. Frecuentes ataques de gota, una afección del bazo y los insomnios fueron minando su salud, además de las fatigas morales y materiales. Trató aun de dominar la debilidad de su cuerpo con la energía de su voluntad, de modo que el cuáquero Jorge Fox, que quería hablarle en favor de sus correligionarios, le encontró montado á caballo al frente de sus guardias. «Cuando me acerqué á él, escribe en su libro de memorias, vi la sombra de la muerte extenderse sobre su persona: tenía todo el aspecto de un cadáver.» Poco despues tuvo el Protector repetidos ataques de calentura y los médicos le ordenaron que cambiase de aires. El día 24 de agosto, aprovechando un período de calma de la fiebre, regresó á Whitehall tomando aun parte en los negocios y teniendo una entrevista con Fairfax, cuyo yerno había sido reducido á prision, pero pronto sus padecimientos le postraron en cama. No quiso sin embargo creer que se moría y trató de consolar á su esposa. Hubo momentos en que aun se esperaba que se salvaría, pero estos fueron de corta duración.

Extendióse la noticia de su enfermedad, y en palacio, en las iglesias y en muchas casas particulares se hicieron rogativas por su restablecimiento. Él mismo, mientras un furioso viento hacía retemblar los muros del castillo, expresó sus sentimientos en palabras de religiosa resignación: «Señor, se le oyó decir, á pesar de que solo soy una misera y desgraciada criatura, estoy en comunión contigo por medio de la gracia. Iré á tí en favor de tu pueblo. Tú me has convertido en un instrumento, aunque indigno, destinado á hacer su felicidad y servirte á tí. Muchos me han tenido en gran estima, otros se alegrarán de mi muerte; tú, sin embargo, sea cual fuere

el destino que me prepares, hazles bien...» Tuvo aun fuerza suficiente para firmar el reconocimiento de su hijo Ricardo como su sucesor y murió el 3 de setiembre, un día fausto, el aniversario de sus victorias de Dunbar y de Worcester.

CAPITULO IV

ANARQUÍA Y RESTAURACION

«Cuando el árbol está tendido en el suelo, dijo el poeta Andrés Marwell en su lamentación á la muerte del Protector, parece mayor que cuando estaba en pié.» Así amigos y enemigos, despues de la muerte de Cromwell, pudieron juzgar quién había sido, y en Inglaterra se hizo general el presentimiento de que se iba á verificar un cambio. «Debemos someternos á la voluntad de Dios, escribía el secretario de Estado Thurloe á Enrique Cromwell que estaba en Dublin..., hasta ahora se había conservado la paz; quiera el Señor que continúe así...; todo el mundo dice que ha caído un gran príncipe en Israel.»

En el extranjero mostróse en algunos puntos gran alegría. En Amsterdam, donde el pueblo era partidario de la casa de Orange y de los Estuardos, la gente bailaba en la calle exclamando: «El diablo ha muerto.» Mazarino, por su parte, se apresuró á enviar sus felicitaciones á la reina Enriqueta María, y los consejeros de Carlos II, poseídos de las mayores esperanzas, veían cercano el momento en que su señor se sentaría en el trono de sus mayores. El poder de Cromwell, el carácter triunfante de la revolución puritana, todo había tenido un carácter puramente personal. La revolución podía heredar el nombre, pero pronto se echó de ver que le faltaban los sólidos fundamentos que solo le había dado la existencia de un hombre.

La influencia de tan poderoso nombre sobrevivió al que lo llevaba, y así se hizo sin dificultades el traspaso del gobierno á Ricardo Cromwell, y los oficiales, hombres de Estado y jurisperitos que habían prestado su apoyo al antiguo Protector, se manifestaron dispuestos á hacer lo mismo con el nuevo. Su proclama fué aceptada en los tres reinos, pues de la tranquilidad de Irlanda respondía su hermano Enrique, como Monk respondía de la de Escocia. El ejército y la marina le juraron fidelidad y la City expuso sus buenas intenciones. Varias ciudades, condados y sociedades religiosas le enviaron exposiciones en las cuales hacían constar su obediencia, y comparaban al difunto Protector con Moisés, Josué, Salomón y Constantino. Y el pueblo tuvo ocasión de recordar aun lo imponente de su figura al ser trasladada su estatua con fúnebre pompa á la abadía de Westminster, donde descansaba ya su cadáver.

En vano se hubiera buscado en Ricardo Cromwell al hijo del poderoso Protector (1). Carecía de ambición y energía, y durante largos años había vivido en una posesión de su suegro cerca de Winchester, en agradable tranquilidad, siendo muy aficionado á la caza y á los caballos, estando en muy buenas relaciones con los nobles de los alrededores, mostrando como ellos, poco profundas convicciones religiosas y observando una moral no muy severa. Era completamente extraño á los ideales del puritanismo; por el contrario, su modo de pensar le conducía al lado de los caballeros. Dejó que su padre le impusiera en los negocios sin mostrar ninguna afición á la política, y tampoco prestó gran atención á la constitución del ejército, no habiendo nunca hecho uso de su espada en los combates. Un hombre con tales condiciones y antecedentes no era á propósito para mantener por medio de la lucha y la energía la situación dominante que

(1) Guizot. Histoire du Protectorat de Richard Cromwell, et du rétablissement des Stuart, 5.^a edición, 1868, 2 tomos.

había conquistado su padre. Tenía en frente de sí principalmente la rivalidad de los mas importantes jefes del ejército, en los que estaban vivos aun el orgullo de sus triunfos y sus antiguos sentimientos religiosos, y aunque no llegaba su ambición á querer apoderarse del protectorado, exigían que este fuese separado del mando superior del ejército; querían que hubiese dos altos poderes, uno civil y otro militar.

De esta idea participaban la mayor parte de los antiguos mayores generales, entre los cuales se contaban Desborough y Fleetwood, parientes del nuevo Protector, y el último, que había hecho toda la guerra civil, combatiendo en Dunbar y Worcester y ejerciendo el mando superior de Irlanda, era reconocido por jefe de los militares que sostenían tales opiniones. Cada semana tenían una reunión en Wallingfordhouse, residencia de Fleetwood, no muy lejana del palacio de Whitehall, y asistían hasta el número de doscientos.

Así pues creóse desde luego un nuevo poder al lado del protectorado de Ricardo; y no existiendo ya la mano de hierro de Cromwell para sujetar á los descontentos, presentóse otra vez el difícil problema de unir la existencia de un fuerte ejército permanente á la forma republicana del gobierno. El día 16 de octubre de 1658 entregaron los oficiales una exposición al Protector en la que pedían que «para resucitar la antigua buena causa» se nombrara un comandante independiente para el ejército, el cual tuviera la facultad de proveer los cargos vacantes del mismo, y que no fuese lícito separar á ningun oficial de su empleo sino por sentencia del tribunal militar. El Protector contestó con moderación y tacto, pero se excusó en la Constitución que le impedía hacer lo que se le indicaba. Por el momento pareció que los oficiales se calmaban y que se había conjurado el peligro, pero nadie dudaba de que reaparecería, y Lambert, que había vuelto á la vida activa, atizaba secretamente el fuego. Los sectarios republicanos renovaron sus pretensiones de que se verificara un cambio trascendental en los asuntos político-religiosos, sabiendo que contaban con el apoyo de Fleetwood y Desborough. En algunos puntos se había hablado mal contra la memoria de Oliverio Cromwell; había comparado con su política «la antigua causa,» la causa que habían defendido un Vane y un Harrison contra su gobierno, y ya se exigía al Protector que solo diera los altos empleos del Estado á «santos,» es decir, á hombres de creencias religiosas profundas. Enrique Cromwell seguía con temor el curso de los sucesos y suplicaba á su cuñado Fleetwood que no se dejara influir por los pastores separatistas y procurara dominar el deseo de mando de sus camaradas sujetándose á las leyes. A su hermano le decía que quizás el único remedio, aunque pareciera peligroso, era la convocación de un Parlamento.

El partido de la corte, el reducido consejo del Protector y hombres como Thurloe, Falconbridge y St. John eran de la misma opinión, y además la situación financiera del Estado hacía imprescindible acudir á la nación. Había confiado Ricardo en que Francia entregaría una importante suma de dinero, pero Mazarino no parecía dispuesto á cumplir sus promesas, aunque exteriormente le conviniera aparecer aun como aliado de Inglaterra. La escasez de recursos hizo que tampoco en el Norte pudiera continuarse la política enérgica de Oliverio Cromwell y en cambio había empezado de nuevo aquella lucha entre Dinamarca y Suecia que él había querido impedir en beneficio de los intereses protestantes. Mientras los suecos sitiaban á Copenhague se presentó una escuadra holandesa en auxilio de los daneses amenazados. En cambio Inglaterra, de quien tanto había esperado Suecia, limitó su actividad á hacer una demostración con su escuadra. Había pues motivos suficientes en la política interior y en la exterior para convocar un Parlamento.